



EL ARZOBISPO DE SEVILLA

30 de abril de 2020

**A los voluntarios de Cáritas, de la pastoral penitenciaria,
de las ONGs de los religiosos y religiosas y a los
diputados de caridad de las Hermandades
y a sus colaboradores**

Queridos hermanos y amigos:

En las semanas pasadas, desde el aislamiento que nos imponen las circunstancias, he escrito varias cartas a los sacerdotes y religiosos, a las monjas contemplativas y a los seminaristas, también en nombre del señor Obispo auxiliar. En estos días, me he acordado mucho de vosotros según me iban llegando noticias de vuestro quehacer y de vuestro compromiso con los necesitados y con los que sufren. Ahora os pongo estas líneas para saludaros, felicitaros y agradeceros vuestro trabajo espléndido.

Estamos viviendo semanas de muchísimo sufrimiento, de estupor ante algo que antes no habíamos conocido ni esperábamos, y de dolor por tantas víctimas que han muerto en soledad lejos de los suyos. Vivimos también jornadas de miedo, miedo por nuestros ancianos, solos en sus casas o en residencias, miedo por los trabajadores que se han quedado sin trabajo y no saben cómo van a sacar adelante a sus familias, miedo por los encarcelados y por quienes viven en la calle.

En el mensaje del Domingo de Pascua el papa Francisco nos invitó a no dejarnos llevar por el egoísmo, sino a sentirnos como miembros de una única familia que se sostienen mutuamente y que no dejan atrás a ninguno de los suyos. En la homilía del Domingo de la Divina Misericordia nos invitó a no consentir que nos golpee el peor de los virus, el virus de la indiferencia. Puso como ejemplo a la primera comunidad cristiana, que nos muestra el libro de los Hechos de los Apóstoles. “Había recibido misericordia y vivía con misericordia». Tenían, en realidad, un solo corazón y una sola alma.

Estoy seguro de que todos participáis de estas convicciones y que creéis que esta tragedia universal nos está diciendo que en el mundo globalizado no hay diferencias ni fronteras, todos somos iguales, frágiles e igualmente valiosos. Por ello, sois también conscientes de que el futuro del mundo, que entre todos debemos construir, tiene que ser diferente, el propio de quienes tienen idéntica dignidad como personas e hijos de Dios.

Los sacerdotes de las parroquias, los directivos de Cáritas, las religiosas de las residencias, los presidentes de Consejos y muchos hermanos mayores nos informan de vuestro trabajo sobresaliente. Os animamos a seguir en la brecha. Con el fin del aislamiento y la superación de la epidemia, que Dios quiera que esté próxima, no va a acabar el sufrimiento de nuestro pueblo que, a mi juicio, no ha

hecho más que empezar con la economía tan seriamente afectada. Rezo por vosotros para que no desmayéis. Sed “instrumentos humildes en las manos de Dios para aliviar el sufrimiento del mundo”. Así nos lo pedía el papa Francisco la víspera de la canonización de Santa Teresa de Calcuta.

Con vuestro compromiso dais visibilidad a la misión samaritana de la Iglesia. De forma casi silenciosa y anónima manifestáis de forma concreta y palpable la ternura y la misericordia de Jesús, haciendo que la persona que sufre se sienta amada. Vosotros no pasáis de largo ante el hombre lleno de heridas y tendido en la cuneta del camino. Seguid bajándoos, como el Buen Samaritano, de la cabalgadura de vuestro bienestar, para curar esas heridas, tan numerosas y tan dolientes. No os importe que vuestra tarea muchas veces no sea reconocida. Es lo de menos. Nos la reconoce el Señor, que es lo importante.

No olvidéis la misteriosa identificación de Jesús con sus predilectos, los pobres. Cuando servís a los necesitados, servís al Señor. Cuando veis y tocáis a los pobres y enfermos estáis tocando la carne de Cristo, tomando sobre vosotros el dolor de los que sufren. Así lo encarecía el venerable Miguel Mañara a sus hermanos de la Santa Caridad de Sevilla al pedirles que asistieran a los enfermos desde la cercanía y la inmediatez corporal, lavando, curando y besando sus llagas. La razón no es otra que la identificación misteriosa del Señor con los pobres y enfermos: “debajo de aquellos trapos –escribe Mañara- está Cristo pobre, su Dios y Señor”.

Antes de concluir, os brindamos algunos consejos: el primero es que cuidéis la vida espiritual, en la que se temple nuestro servicio humilde y gratuito. Sin una vida espiritual fuerte y vigorosa, sin la oración, la amistad y la intimidad con el Señor, verdadera raíz de nuestro compromiso solidario, nuestro servicio a los pobres antes o después terminará desvitalizándose o agostándose. El segundo es que cuidéis la genuina identidad cristiana de Cáritas y de las demás instituciones en cuyo nombre actuáis. No sois ONGs como las demás, sino instituciones urgidas por el amor de Cristo (2 Cor 5,14). En este sentido, cuidad también la eclesialidad de vuestro trabajo y la comunión con la Iglesia diocesana o parroquial.

Pido al Señor que os aliente y bendiga vuestro compromiso fraterno. Con él estáis ayudándonos a cumplir la misión prioritaria de la Iglesia, que nunca debe cansarse de ofrecer misericordia, estando siempre dispuesta a confortar y servir. Nada en su anuncio de Jesucristo y en su testimonio ante el mundo debe carecer de misericordia, hasta el punto de que la credibilidad de la Iglesia pasa a través del amor misericordioso y compasivo.

En nombre propio y en el de don Santiago, un abrazo grande y nuestra bendición, también para vuestras familias y vuestras instituciones respectivas.

+ Juan J. Asenjo
Arz. de Sevilla

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla